

decadencia: la frecuencia, cada vez más grande, de las confirmaciones y consagraciones episcopales, hechas en Roma por mano de los papas. El archiepiscopado, en lugar de ser una rueda activa y esencial de la sociedad religiosa, se convirtió en un poder aparatoso y sin vida propia. Pero hasta el episcopado, que los reformistas sinceros querían libertar y purificar para darle nueva forma, salió de la crisis mejorado, sí, pero también debilitado. Mientras el personal episcopal ganaba en inteligencia y virtudes, perdía en parte independencia. Se le reforzaba ante el feudalismo; se le debilitaba ante las dos potencias directoras de la reforma: el Pontificado y las órdenes religiosas.

Para combatir con más resultado á los prelados simoníacos y concubiniarios, la corte de Roma tuvo que multiplicar las exenciones y acelerar el movimiento que impulsaba á los frailes á declararse independientes de los obispos. La hostilidad de los dos cleros se patentizaba en el seno mismo de los concilios más favorables á la reforma. En Reims, en plena sesión pública (1119), el arzobispo de Lyon se levanta con sus sufragáneos y denuncia á los prelados al abad de Cluni, á quien acusa de ultrajar su iglesia, arrebatándole sus diezmos y negándole el debido respeto. Muchos obispos le hacen coro y repiten acusaciones contra la gran abadía. Atacado, el abad toma la palabra para defenderse: «Nuestra Iglesia, dice, sólo ha estado sometida á la Iglesia romana desde su fundación. Los papas nos han concedido privilegios que quisieran abolir los que nos acusan. Nuestros hermanos y yo sólo trabajamos para conservar las propiedades del monasterio tal como San Hugo y mis demás antecesores las poseyeron. A nadie perjudicamos; pero porque defendemos con tesón los bienes que los fieles nos legaron por el amor de Dios, se nos llama usurpadores. No hay por qué alarmarse. Cluni es una iglesia que pertenece especialmente al papa; él cuidará de defenderla.» Defendióla con efecto el papa, y bajo la presión de su autoridad, el concilio mantuvo los privilegios monásticos, que eran una negación del antiguo derecho.

En las mismas ciudades que eran residencia de las sedes episcopales, la reforma favoreció las tentativas de rebelión ó autonomía que procuraban disminuir el poder de aquéllas. Los cabildos catedrales ó cuerpo de canónigos afectos al servicio de la iglesia principal, aprovecharon la ocasión para oponer su jurisdicción á la del obispo y mermar sus prerrogativas. Allí donde se había declarado la guerra á los obispos cismáticos, los papas reformadores apoyaban á los canónigos, é inconscientemente ó no, les ayudaban á constituirse en cuerpos privilegiados, viviendo existencia propia y afectando no reconocer otra autoridad superior que la de Roma. Otros adversarios del episcopado, los burgueses y baja nobleza que habitaban la *Cité*, ganaron mucho por su parte en esos cambios frecuentes de obispos y los desórdenes que eran su consecuencia. Hallaban así modo de imponer condiciones al obispado, de lograr mejora en su situación y hasta de recabar entera libertad. En Cambrai, Beauvais, Reims (1080), Thérouanne (1082), la agitación reformista facilitó el movimiento de emancipación popular que luego constituyó el municipio. Cierzo que Gregorio VII y sus sucesores no trataron descaradamente de favorecer la rebelión de las burguesías,

para debilitar el episcopado. Los que califican de democrata á Gregorio VII porque hay en sus cartas algunas frases que rebosan un desdén soberbio por las instituciones monárquicas, ó revelan gran compasión en favor de los humildes y oprimidos, se han equivocado de medio á medio. Pero no hay duda que los promotores de la reforma, turbando profundamente el orden establecido, preparan la emancipación de las ciudades, de las cuales el obispo era á un tiempo el amo y el enemigo.

La monarquía de los obispos de Roma fué la que recibió, como era natural, el beneficio de los atentados al principio aristocrático que las altas prelaturas representaban en la Iglesia. Todo contribuyó, desde antiguo, en la historia del mundo y de la sociedad religiosa, á someter el Occidente á esa alta soberanía que á fines del siglo XII tomará la forma de una verdadera autocracia espiritual. Pero Gregorio VII y sus sucesores, sus frailes y legados, atrayendo hacia sí, para combatir el feudalismo, todas las fuerzas vivas del gran cuerpo eclesiástico, y reforzando con vigor todos los resortes de este organismo, cambiaron su constitución y la cambiaron en provecho propio. De todos los resultados de la reforma, el más notable, completo é indiscutible es el advenimiento de la teocracia.

## CAPÍTULO II

### LOS FRANCESES EN LAS CRUZADAS

#### I. Causas y preliminares de las Cruzadas.—II. La expedición. III. El reino latino de Jerusalén.

##### I.—Causas y preliminares de las Cruzadas (1)

Mientras los papas luchaban contra el feudalismo y los reyes, en nombre de la reforma, agrupaban las fuerzas militares de Europa, y sobre todo de Francia, para empujarlas contra los musulmanes. La misma voluntad determinó los dos movimientos, uno contra el enemigo interior, otro contra el exterior. Urbano II había experimentado el poder de Roma en la querrela de las investiduras: creyóse bastante dueño de Occidente para intervenir en Oriente y libertar el Santo Sepulcro. El ensueño que la cristiandad acariciaba desde hacía siglos iba á realizarse gracias á la iniciativa del papa y al heroísmo de toda una nación: *Gesta Dei per Francos*, Dios obrando por medio de los francos, expresión muy antigua de

(1) FUENTES.—*Recueil des Historiens des croisades*, publicado por la Academia de las Inscripciones. Riant, *Inventaire critique des lettres historiques des croisades*, «Archives de l'Orient latin», tomo I, 1881.

OBRAS DE CONSULTA.—De Sybel, *Geschichte des ersten Kreuzzuges*, 2.<sup>a</sup> edición, 1881. Peyre, *Histoire de la première croisade*, 1859. Röhrich, *Geschichte der Kreuzzüge im Umriss*, 1899. Hagenmeyer, *Chronologie de la première croisade*, en la «Revue de l'Orient latin», 1899. Hagenmeyer, *Peter der Eremit*, 1879, traducida al francés por Furcy Rainaud, 1883. De Smedt, *Robert de Jerusalem*, 1861. Monnier, *Godefroy de Bouillon et les Assises de Jerusalem*, 1874. Kugler, *Zur Geschichte Gottfried von Bouillon*, en los «Forschungen zur deutschen Geschichte», tomo XXVI, 1886. Kugler, *Boemund und Tankred*, en el tomo XIV de los «Forschungen». De Sauley, *Tancredi*, en la «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», año 1843. De Sydow, *Tankred ein Lebensbild aus den Zeiten der Kreuzzüge*, 1880. Kugler, *Kaiser Alexius und Albert von Aachen*, en los «Forschungen», tomo XXIII, 1883.

un hecho real. Franco no quiere decir «occidental» ni «latino», sino «francés.» La primera de las guerras santas fué predicada en Francia por un papa y por oradores franceses. La gran masa de guerreros que lanzó camino de Jerusalén salían de nuestras provincias. La mayoría de los señoríos latinos establecidos en Siria antes y después de la conquista de la ciudad santa, lo fueron por caballeros franceses. La primera cruzada es Francia en marcha; hay que seguirla hasta Oriente.

Los que asistieron, á partir de 1095, al inmenso despliegarse de los ejércitos cristianos, aceptaron fácilmente la idea de que la cruzada había sido meditada, cerca de un siglo antes, en los consejos de la Iglesia de Roma. Se llegó á creer que Carlomagno y Carlos *el Calvo* habían dado el ejemplo de las expediciones á Tierra Santa; Silvestre II y Sergio IV habrían predicado la conquista de Jerusalén; y más recientemente aún, el normando Roberto Guiscard se habría armado para libertar el Santo Sepulcro. En realidad Gregorio VII, á quien se atribuye la paternidad de la idea de la cruzada, sólo pensó un instante (y sin realizar su designio) en enviar algunos cuerpos de ejército en auxilio de Bizancio para obtener lo que tanto deseaba el Pontificado, la reunión de la Iglesia griega á la latina. El honor de haber pensado en la cruzada propiamente dicha (1) y de haberla ejecutado pertenece por entero á Urbano II. Este papa quiso atender las quejas llegadas de Jerusalén y las que formulaban en Europa los peregrinos que llegaban del Santo Sepulcro. Temió asimismo el riesgo que el recrudescimiento de invasiones musulmanas entrañaba para la raza latina.

La situación de los cristianos en Siria, que era muy soportable, como se ha visto, hasta el último tercio del siglo XI, cambió bruscamente. En 1070 el kharismita Anziz-ibn-Abik, señor de Damasco, se apoderó de Jerusalén arrebatándola á los califas del Cairo. En 1078 la ciudad santa cayó en poder del selyucida Tutusch. Los tolerantes señores del Cairo fueron substituídos por otros duros y molestos. En 1084, Antioquía, último baluarte de los griegos en Siria, cae en poder de los turcos. Desde tal día se inaugura un régimen de crueldades y vejaciones y persecuciones intolerables, que hieren á los cristianos que viven en Jerusalén y á los que sólo visitan la ciudad santa. Desde aquel instante debió germinar la idea de la cruzada en la mente del Pontífice, y las poblaciones de Occidente, conmovidas por los relatos lamentables de los peregrinos, debieron concebir el pensamiento de un desquite, la posibilidad de una guerra general, hecha contra los enemigos de la fe, para arrancarles el sepulcro de Jesucristo.

Apenas habían transcurrido tres años desde la caída de Antioquía, cuando en el extremo opuesto de la cuenca del Mediterráneo acaecía un acontecimiento muy grave, propio para aumentar la impresión de tristeza y temor despertada por la invasión turca. Una horda de islamitas africanos, los almoravides, invadía España, y el 25 de octubre de 1087 el ejército cristiano quedaba

(1) La palabra *crusada*, según la excelente definición del conde Riant (*Inventaire des lettres historiques*, página 2), designa expresamente «una guerra religiosa predicada en nombre de la Iglesia, provocada por la concesión solemne de privilegios eclesiásticos, reñida por un ejército más ó menos cosmopolita y teniendo directa ó indirectamente á recobrar los santos lugares.»

derrotado en Zalaca. Desde mucho tiempo antes italianos y romanos vivían en perpetua alarma, causada por las incursiones de los piratas sarracenos de Africa. Cuando pareció que España entera iba á sucumbir, la emoción fué inmensa. La inquietud ganó á todos los grandes señores del Mediodía de Francia, amigos y comensales de los reyes españoles. El peligro musulmán, amenazador en España, fué sin duda el hecho decisivo que determinó á Urbano II. Una gran expedición contra Siria le pareció el mejor sistema de aterrorizar la imaginación de los infieles y contener, por efecto reflejo, el progreso de los almoravides. El Pontificado creía en la unidad política de los islamitas; suponía entre los musulmanes del Asia Menor, Siria, Egipto y costas africanas, una solidaridad que no existía. Si esperó hasta 1095 para realizar su proyecto fué porque las necesidades del conflicto de la Iglesia con el imperio germánico no le permitieron realizarlo antes.

El instante era favorable. Todo cuanto había ocurrido desde medio siglo antes en el orden político, social y religioso, conducía á Francia y á la Cristiandad á la cruzada. El establecimiento de la teocracia romana hacía posible la concentración de fuerzas del Occidente, disciplinadas bajo la alta dirección del jefe de la Iglesia. Los nobles habíanse acostumbrado á las peregrinaciones y el número de los que iban al Santo Sepulcro con una escolta imponente aumentaba de día en día. La caballería y las asociaciones de paz habían acostumbrado á los nobles á seguir la bandera del clero. Las expediciones y conquistas realizadas en Inglaterra, Italia, Sicilia y Portugal, enardecían las imaginaciones, despertaban codicias. Iguales causas que las motivaron, necesidad de emigrar, amor al pillaje, sed de aventuras y de adquisiciones territoriales, contribuían á lanzar á los aventureros de Francia y Europa camino de Siria. Por otra parte, la agitación que empezaba á manifestarse en las clases populares, ávidas de libertad, las hacía menos apegadas al suelo natal. Además de todo esto, los comerciantes de todas las provincias, y sobre todo los del litoral, sentíanse seducidos por la perspectiva de abrir nuevos mercados á su comercio, y de añadir á los beneficios temporales los espirituales que reportaría la guerra santa. El proyecto concebido por el más osado de los papas agradaba á todos. La fe profunda que llenaba todas las almas parecía garantizar el buen éxito de la empresa.

El 28 de noviembre de 1095, en Clermont-Ferrand, Urbano II, rodeado de gran número de obispos y abades y de gran golpe de caballeros y señores 1095 que acudieron desde el Centro y Mediodía de Francia, hizo una relación de los males que sufrían los cristianos y peregrinos de Tierra Santa, é invitó á los que le escuchaban á tomar las armas contra los infieles. Su discurso se acogió con indecible entusiasmo; clérigos y laicos se levantan á millares y piden al papa la bendición del peregrino. Para conformarse á las palabras del Evangelio que había recordado el orador, «Todos deben renunciar á sí mismos y tomar la cruz,» fijan sobre sus hom-



Urbano II. (De la crónica *De passagis in Terram sanctam*, que se halla en Venecia.)

bros cruces de tela y gritan: «¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!»

El impulso estaba dado. Desde Clermont se envió una circular que fué el primer acto oficial de la cruzada: comunicaba á los arzobispos y á varios obispos las resoluciones del concilio. Los arzobispos debían invitar á tomar la cruz á sus feudatarios directos, y los obispos y altos dignatarios eclesiásticos hacerlo propio. Se anunciaron las indulgencias y privilegios que reportaba la toma de la cruz. Urbano II garantizaba á los cruzados la remisión de sus pecados y la amnistía general, ó la

salvación eterna para quienes murieran con las armas en la mano. Sus esposas, hijos y bienes se colocan bajo la protección general del clero y la particular del diocesano. El papa escribe también á los grandes señores franceses que son adictos á la Iglesia. Hubiese tomado en persona el mando de los ejércitos cristianos, si no se lo impidiera el interés que le inspiraba el pleito de las investiduras. Delegó su poder en el obispo de Pui, Ademaro de Monteil. Siempre presente y obrando por sí mismo ó por sus legados, Urbano II no deja de dirigir el movimiento. Quería ser jefe de todos los señores feudales que alistaba.



El emperador Alejo, según un manuscrito griego del Vaticano.

Las condiciones para la marcha general fueron detalladas con precisión. Una carta de Urbano al conde de Flandes, Roberto II, fija para el 15 de agosto de 1096 la partida de los soldados de la cruz y les cita para Constantinopla á fines de año. Itinerarios, medios de transporte, todo estaba previsto: se señalaba distintos caminos á los principales cuerpos de ejército, para evitar que las comarcas quedasen asoladas por el paso de tal número de hombres. El papa cuidó de interesar en la cruzada las repúblicas marítimas de Italia. En julio de 1096 envía embajadores á Génova para pedir auxilios en favor de los cruzados y de los cristianos de Siria. Escribe al emperador Alejo Comneno para encargarle que reciba bien á los occidentales y les proporcione víveres. El mismo, en el invierno de 1095-1096, emprende por las comarcas del Centro y Sur de Francia un verdadero viaje de predicación, sembrando por todas partes, como lo hiciera en Clermont, la palabra ardiente que arrastra á los pueblos. La cruzada era una institución de la Iglesia, creada, organizada y dominada por el Pontificado (1). Sin embargo, los contemporáneos de aquel gran acontecimiento y los cronistas que lo han

(1) Muchos historiadores se atienen demasiado á las elocuentes páginas de Michelet sobre los grandes movimientos populares salidos de las predicaciones de Urbano II y Pedro el Ermitaño. Es comprender mal la cruzada no ver en ella sino una agitación inconsciente de las masas cristianas. En lugar de entretenerse en el

historiado no han buscado en la política de la Santa Sede la explicación humana de una novedad tan extraordinaria. A fuer de hombres de fe, la atribuyen á una influencia sobrenatural. Foucher de Chartres afirma que la cruzada fué anunciada por los profetas. Para Guiberto de Nogent, únicamente por un impulso celeste este enorme ejército de cristianos, «que marcha sin jefe supremo, y adelanta, no sólo fuera de los límites de su patria, sino á través de muchas naciones que hablan todas las lenguas, fué á llevar la guerra al centro del mundo.» Persuadidos de que una fuerza celeste guía la empresa, olvidan explicar cómo y por quién fué preparada, y no ven más que la explosión de entusiasmo con que fué acogida por el pueblo.

«Los condes pensaban aún en los preparativos, dice Guiberto de Nogent, y los caballeros reflexionaban acerca de ellos cuando el pueblo, con un ardor que nada podía detener, acudía al llamamiento. Nadie, ni aun los más pobres, pensaban en la insuficiencia de sus recursos ni en las dificultades de semejante viaje. En Francia se padecía hambre en aquella época; varias malas cosechas seguidas habían hecho subir grandemente el precio de los granos. De repente el grito de la cruzada, que repercutió por todos los ámbitos, hizo caer los cerrojos que cerraban los graneros. Las provisiones, que estaban por las nubes cuando todos permanecían quietos, se abarataron cuando todos se dispusieron á marchar. Es imposible describir los grupos de niños, de muchachas, de viejos de ambos sexos vencidos por la edad, que marchaban á la guerra santa. No tenían ni la fuerza ni la intención de tomar parte en los combates; pero se prometían el martirio bajo el hierro ó en las prisiones de los infieles. Decían á los guerreros: «Sois fuertes y valientes; vosotros lucharéis; nosotros sufriremos como Jesucristo y conquistaremos el cielo.» Nada más conmovedor que esos cruzados mandando herrar sus bueyes como si fuerán caballos, y engancharlos á una carreta de dos ruedas, en la cual cargaban su escaso equipaje y colocaban á sus hijitos. Hacia todos los castillos, hacia todas las ciudades que hallaban en su camino, aquéllos extendían sus manecitas, preguntando con afán si aquel poblado era la Jerusalén anhelada.»

«La locura de la cruzada» tomó proporciones que no había previsto el jefe de la Iglesia. Un hombre, un fraile nacido en Amiéns, personificó esa embriaguez de la muchedumbre. Era Pedro el Ermitaño, enjuto de carnes, de baja estatura, moreno, con larga barba, hábito de paño burdo y los pies descalzos, el ídolo del pueblo y de los burgueses que se estrujaban junto á él para oírle hablar. Llevaba la vida de un asceta y reparaba entre los pobres todo el dinero que le daban. «Algo divino, dice Guiberto, se advertía en sus menores movimientos, en cuanto decía: el pueblo acabó por arrancar, para hacer de ellos reliquias, los pelos del mulo que montaba.» Así recorrió en el invierno de 1095-96 Auvernia, Berri, el dominio capetiano y Lorena, narrando con su elocuencia de tribuno los sufrimientos de los peregrinos en Jerusalén, consiguiendo con su palabra que grandes masas humanas se alistaran en las filas de

relato de los incidentes pasionales y pintorescos del acontecimiento, hubiese sido necesario indagar cómo la política y la diplomacia lo engendraron y condujeron, y en qué medida se hallaron impotentes para contener la corriente desencadenada.

la cruzada. Su predicación borró poco á poco del espíritu del pueblo la impresión de la de Urbano II. La imagen del papa quedó relegada á segundo término. Poco tiempo necesitó la leyenda para apoderarse de la vida de Pedro el Ermitaño. Se contaba que antes del concilio de Clermont fué á Jerusalén, donde los infieles le habían atormentado como á los demás peregrinos. Un día, durmiendo en la iglesia de la ciudad santa, vió á Jesucristo que le ordenó ir junto al papa y provocar la libertad de los cristianos de Siria. El patriarca griego de Jerusalén y después el Pontífice romano le encargaron de predicar la guerra santa y de organizar en Occidente el levantamiento en masa. La verdad es que



Visión de Pedro el Ermitaño y su entrevista con el Patriarca de Jerusalén. (Del códice *De passagiis in Terram Sanctam*.)

Urbano II y los jefes laicos de la cruzada aprovecharon el celo del ermitaño, pero no le confiaron la dirección.

1096 Cuando llegó á Colonia en la primavera de 1096, arrastrando en pos de sí un grupo de quince mil hombres (la hez de Francia, dice un cronista), Pedro no había recibido ningún encargo del Pontificado.

El impulso irresistible que llevaba á orillas del Rhin, antes de la época fijada para la marcha, hordas de campesinos, mendigos y aventureros, es uno de los hechos más extraordinarios de la historia de la Edad media. Pero esta cruzada, que se llamó «popular», nada tuvo que ver con la verdadera. Pedro el Ermitaño y su teniente Gautier Sans-Avoir marcharon con una multitud abigarrada de franceses y alemanes, sin víveres, sin armas suficientes, ignorando por completo los peligros que les esperaban. Atravesaron la Alemania del Sur, asesinando cuantos judíos hallaron, y sembraron con sus cadáveres los caminos de Hungría y Bulgaria. Gautier saqueó la campiña de Belgrado; Pedro dejó que sus compañeros saquearan Semlin y fueran acuchillados en Nissa por los indígenas. Diezmados llegaron al Asia Menor, y allí el hambre, la sed y los turcos completaron el desastre. Pedro y algunos nobles alemanes fueron los únicos que escaparon á la rota de Herzek (octubre 1096). ¡Lamentable aventura, cuyo único resultado fué despertar gran desconfianza entre las poblaciones de las márgenes del Danubio por donde debían pasar los cruzados! Tan ruda lección no aprovechó á otras bandas de desdichados, las de Gottschalk y del conde Emic, que siguieron igual camino, cometieron los mismos excesos y murieron tan miserablemente.

Entretanto los cuerpos de tropas regulares mandados por los altos barones de Francia, Lorena é Italia, bajo la autoridad moral del obispo de Pui, se reunían

poco á poco. Estos contingentes, bendecidos por el papa, se componían de elementos de distintas procedencias, buenos y malos. Había entre ellos, como dice Alberto de Aix, «adúlteros, homicidas, ladrones y perjuros,» penitentes ávidos de perdón, aventureros ansiosos de dinero. La pasión religiosa y la nobleza del fin lo justificaban todo.

Nunca se sabrá de un modo cierto cuántos hombres formaban este ejército, ni cuántos murieron por el camino, antes de dar el asalto á Jerusalén. La mayoría de los narradores contemporáneos hablan vagamente de multitudes «innumerables» de guerreros tan numerosos «como los granos de arena en el desierto ó como las hojas que caen de los árboles en otoño.» Guiberto de Nogent da una cifra que tampoco es precisa: «Los que tienen la costumbre de evaluar la fuerza de los ejércitos pensaron que se habían reunido en número de cien mil caballeros con coraza y casco. No creo que nadie haya podido calcular la muchedumbre de infantes, ni la de los que estaban al servicio de los caballeros.»

Los cálculos más verosímiles de los historiadores modernos concuerdan en que de Nicea á Jerusalén los cruzados perdieron más de seiscientos mil hombres. De la inmensidad de tal desastre cabría acusar á los jefes de la cruzada, si hubiesen podido restringir el número de los combatientes ó escogerlos. Pero ¿cómo fijar límites al ardor de los penitentes y prohibir á cristianos ganar el cielo muriendo por su Dios?

Cuatro ejércitos se pusieron en movimiento y siguieron itinerarios distintos. Raimundo IV, conde de Tolosa, el legado del papa y los franceses del Mediodía tomaron el camino de tierra por Lombardía y Dalmacia. Godofredo de Bouillón, duque de la Lorena Baja, y su hermano Balduino, al frente de los franceses del Norte, atravesaron Alemania y Hungría; los normandos de Italia y los cruzados italianos, dirigidos por Bohemundo de Tarento y por su sobrino Tancredo, se embarcaron en Brindis, pasaron por el Epiro, Macedonia y Tracia. Los franceses del dominio real y de los feudos vecinos, mandados por Hugo, conde de Vermandois, hermano del rey de Francia, Esteban, conde de Blois, y Roberto II, conde de Flandes, siguieron casi igual camino. Los reyes no habían tomado parte en la empresa. Urbano II estaba en guerra con muchos de ellos: Felipe I de Francia, Guillermo II de Inglaterra, Enrique IV de Alemania estaban excomulgados. No puede decirse, sin embargo, que la monarquía francesa no tomó parte alguna en el acontecimiento. Hubo negociaciones entre los príncipes en el centro mismo de la monarquía. Guiberto de Nogent afirma «que los principales señores del reino celebraron conferencias en París con Hugo de Vermandois, en presencia del rey Felipe.» No es, pues, exacto que los cuerpos de ejército de la cruzada partieran por espontáneas resoluciones, puramente locales, ni que sin el menor concierto invadieran el Oriente como nubes de langosta, á las que los compara un cronista.

A falta de reyes, la dirección se entregó á un corto número de condes y duques, casi todos de igual categoría.



Godofredo de Bouillón, según el códice *De passagiis in Terram sanctam*.